

PQ 2366

.M77

C64



FONDO NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria
Calle Alfonso Reyes

EL HIJO DE LA CONDESA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Habian transcurrido tres meses despues de los acontecimientos con que termina la Segunda parte de *El Proceso de Saint-Maixent*.

En la tarde de un hermoso dia de verano, un ginete, vestido con gran sencillez, aunque montado en un magnífico caballo, trotaba por la carretera que conducia de Clermont á Paris.

El ginete se hallaba á cuatro leguas de la aldea de San Judas, que habia atravesado sin detener su caballo ni dignarse siquiera dirigir una mirada á la recién pintada muestra de la posada de *Las Armas de Francia*, propiedad de nuestro antiguo conocido maese Guillermo.

En el instante en que lo presentamos á nuestros lectores acababa de penetrar en la espesura del bosque de Ebreuil.

Un preboste del Resguardo, á la cabeza de un pequeño destacamento de cuatro ó cinco hombres, caminaba en sentido inverso, al paso de su pesada cabalgadura.

El viajero se cruzó con los representantes del orden público, sin que aparentase verlos.

No así el preboste, viejo militar, largo y escauído, á quien nuestros lectores no habrán olvidado, sin duda, desde los primeros capítulos de nuestra historia.

Dionisio Robustel, pues no era otro, se estremeció bruscamente en el momento en que el viajero pasó por su lado, y dándose un puñetazo en el pecho, exclamó:

—¡Truenos y rayos! ¡él es! ¡él mismo!

Depues echó mano á una de sus pistoleras, pero no acabó el movimiento empezado, y retorciendo con furia su áspero bigote, murmuró:

—¡Vamos, estoy loco! Pasaron los dias en que estaba en mi derecho y cumplia con mi deber disparando contra ese miserable. Hoy, la justicia me pediría cuenta de su vida, y la bala que librase al mundo de un malvado me podria costar muy cara. Ahora hay que dejarle pasar de largo, y aun es mucha osadía no saludarle humildemente. ¡Pardiez! ¡ya lo creo! ¡un personaje de tanta importancia!

El digno preboste, segado por la cólera, espoleó vigorosamente su caballo, que de seguro

no estaba acostumbrado á aquellas inmerecidas correcciones.

Un jóven soldado, á quien Dionisio Robustel honraba con particular predileccion, se acercó á su jefe, y con tono familiar le dijo:

—¿Qué teneis, señor preboste? Cualquiera diria que estais incomodado.

—Y tendria mucha razon—replicó Dionisio.

—Os ha dado así como un dolor de muelas—prosiguió el jóven.—¿Se puede saber, sin ofenderos, cual es la causa de que os hayais amostazado?

—¿Haz visto ese ginete con quien acabamos de cruzarnos?—preguntó el preboste.

—Sí. Un guapo chico, con un magnífico caballo: parece un gran señor.

—¡Gran señor!—repitió Dionisio con una carcajada sardónica;—sí, sí, es un gran señor; no hay duda que es un gran señor; pero tambien es otra cosa.

—¿Qué?

—¡El bribon mayor de Francia!

—¿Pues qué ha hecho?—preguntó el jóven.

—Lo más malo y lo más infame que se puede hacer: robo, asesinato, incendio, sacrilegio, moneda falsa, y otras cosas más.

—¡Es imposible!

—Tan posible es, que el señor lugarteniente

civil de la Auvernia ofreció tres mil libras al que presentara ese mozo, muerto ó vivo.

—¡Y lo hemos dejado escapar! Vamos á perseguirle sin perder ni un minuto. Aunque lleva mejor cabalgadura que nosotros, puede que le alcancemos; y en todo caso, se echa mano á las pistolas y se le envía una bala.

Dionisio Robustel se dió otro puñetazo en el pecho, sin duda para desahogar su indignacion.

—¡Ah, pobre Bautista! ese gran señor es caza vedada para nosotros—replicó en voz baja y con amarga ironía.—El rey nos manda respetarle.

—¿Quereis decir que el rey ha indultado á ese hombre?

—El rey ha hecho más: aconsejado por sus favoritos, que son parientes de tal caballero, ha declarado pura y simplemente que ese bribon es inocente, que no ha hecho nada malo y que debia cesar la accion de la juscicia. Un pelagatos revienta en la picota ó en la horca; pero, un gran señor, es diferente.

—Eso no es justo, señor preboste.

—¡Nó, truenos del diablo! ¡no es justo! pero ¿qué le hemos de hacer? El rey es el rey: cuando manda es preciso obedecerle, y aunque se engañe ó lo engañen, debemos respetar su vo-

luntad. ¡Ah! la rabia me ahoga. Una sola cosa me consuela, sin embargo.

—¿Cuál, señor preboste?

—Que un bribon muere rara vez siendo honrado. El crimen atrae. Tarde ó temprano, ese pícaro cometerá alguna nueva infamia, y como las patentes de remision solo liquidan el pasado: el señor lugar teniente civil recobrará sus derechos y me devolverá los míos. Una vez lo tuve entre mis manos, y se me ha escapado; pero, si llego á atraparle la segunda, juro á Dios que no se me escapará, aun cuando hubiese de rodearme á la cintura su cadena remachada. Sí, ¡á fé de soldado lo juro!

—¿Tanto le odiais; señor preboste?

—¡Que si le odio! Me dejaria cortar una mano por llevarle al patíbulo: es mi enemigo personal.

—¡Ah!

—¡Sí, mi enemigo.

Y Dionisio Robustel, volviéndose á medias; amenazó con el puño al veloz ginete, cuya forma indecisa se divisaba todavia á lo lejos.

—¿Os ha ofendido?—dijo Bautista.

—Se ha burlado de mí: ha jugado conmigo, ha matado cobardemente, á traicion, un hombre de los mejores, de los más intrépidos que yo tenía. Esa deuda de sangre no me la ha pa-

gado aún, pero me la pagará. No sé qué sentimiento me lo dice.

—¿Y cómo se llama ese gran criminal?—preguntó Bautista, admirado de la expresión cruel que por primera vez observaba en el anguloso y apergaminado semblante del preboste.

—Se llama el marqués de Saint-Maixent—repuso Dionisio. —Y con esto, hijos míos, ¡a galope! Necesito ahogar mi cólera en el fondo de unos cuantos jarros de vino, en la posada de *Las Armas de Francia*.

El pequeño destacamento obedeció aquella orden, tomando á escape el camino de San Judas.

Aunque fingió no reparar en los ginetes del Resguardo, el marqués había reconocido perfectamente á Dionisio.

—He aquí un valiente á quien he hecho perder en cierta ocasión tres mil libras, cosa que nunca me perdonará. Si aquella noche no hubiera yo podido escaparme, á estas horas la ilustre estirpe de los Saint-Maixent se había extinguido probablemente.

Al decir estas palabras vagó una sonrisa por sus labios.

Media hora después llegó á una casa de aspecto triste y miserable; precedida de un cobertizo que servía de establo y rodeada de un jardín muy descuidado, donde vegetaban algu-

nas hortalizas y una multitud de rosales comunes cargados de flores.

Una rama de boj seca, colgada sobre la puerta, parecía indicar que aquella casa era una posada, ó por lo menos un ventorrillo.

Saint-Maixent detuvo su caballo, examinó la situación de tan solitaria vivienda y murmuró:

—Difícil sería encontrar otra más á propósito.

Una vez hecha esta reflexión, acercóse á la puerta y gritó:

—¡Ah de la posada!

Casi en el mismo instante salieron una vieja y un chiquillo. La vieja parecía tener unos sesenta años: era una especie de ruina viviente, arrugada, encorvada, vacilante, con las manos engarabadas y los dientes retorcidos; en una palabra, realizaba por completo la idea que en todos tiempos se ha tenido de las brujas. El chiquillo, de edad de nueve á diez años, era jorobado, contrahecho y de fisonomía maligna. Nada más singular que el aspecto de aquellos seres en un sitio tan solitario y delante de aquella miserable morada.

Ambos miraban á Saint-Maixent con aire estúpido y sin decir una palabra: no acertaban á comprender como un viajero bien vestido y montado en un excelente caballo tuviera la

ocurrencia de hacer alto delante de aquella casa.

—Buena mujer—dijo al fin el marqués,—estoy cansado, mi caballo tambien: uno y otro tenemos hambre y sed: ¿podeis darnos lo que nos hace falta, pagándolo, se entiende?

La vieja hizo con la cabeza un signo negativo, y con aquel movimiento las blancas gudejas de sus cabellos se esparcieron como serpientes sobre su rostro color de ladrillo.

—Nó—respondió con voz ronca.

—¿Y por qué?

—Porque aquí no tenemos nada de lo que vos y vuestro caballo necesitais.

—Sin embargo, ¿no es esta una posada?—replicó el marqués señalando con su fusta la rama de boj.

—Sí, era una posada.... cuando vivia mi hijo Ricardo.... el padre de este niño.... Pero.... Ricardo ha muerto.... al salir él entró la miseria en esta casa, y mal podemos dar de comer á los viajeros cuando nos falta lo necesario. Seguid vuestro camino y buscad otro alojamiento mejor.

En vez de conformarse con este consejo Saint-Maixent se apeó.

II

—Se me ha metido en la cabeza—repuso riendo el marqués—que tengais hoy una buena ganancia. Me siento demasiado cansado para ir á otra parte. Voy á probaros que, con un poco de buena voluntad, podeis recibirme perfectamente. Escuchadme.....

La vieja le interrumpió bruscamente.

—¿Cuántas veces os he de repetir que no tenemos nada que daros?—dijo con acento colérico.

si le—¿Qué diablo! ¿no os faltará un pedazo de esa su—replicó el marqués.

¿á qué son de centeno, más negro que el hollin

y duro como una piedra, pues tiene lo menos una semana.

—Lo mismo me dá; tengo buenos dientes. Además, tenéis huevos, pues allí veo dos ó tres gallinas que picotean en el jardín y que sin duda pondrán huevos en algún rincón. Me hareis una tortilla, beberé agua clara del arroyo, y me daré por satisfecho. Me figuro que mi caballo será tan acomodaticio como yo; voy á atarlo bajo el cobertizo, y á falta de paja ó cebada, vuestro nieto le traerá algunos puñados de yerba.

Difícil hubiera sido oponer nuevos argumentos á un viajero tan poco exigente y que, por otra parte, no parecía dispuesto á cambiar de propósito. El chico fué á hacer provision de yerba, mientras que la vieja entró refunfuñando en la casa, á donde la siguió Saint-Maixent despues de haber desensillado su caballo.

El tal meson aun en los tiempos de su prosperidad, nunca habia pasado de ser un ventorrillo de mala muerte. Componíase de tres habitaciones en el piso bajo y otras tantas en el principal, miserablemente amuebladas y en el último estado de desórden y abandono.

A duras penas pudo el marqués disimular un movimiento de repugnancia al entrar aquella zahurda; pero logró dominar sus crúpulos.

No habia mentido la vieja al hablar de su carencia absoluta de provisiones. Sin embargo, á fuerza de pesquisas logró encontrar tres huevos, no muy frescos, y un pedazo de tocino ahumado y rancio. Con estos ingredientes hizo una tortilla, que sirvió en un plato de barro, con un tenedor de peltre y un cuchillo sin mango, una rebanada de pan negro y un jarro de agua fresca.

El marqués hizo de tripas corazón y acometió á aquellos manjares, no sin un asco terrible. Termida, por último, su frugal comida, entabló conversacion con la vieja.

—¿Conque sois muy pobres, buena mujer?— dijo con expresion de vivo interes.

—Tan pobres—replicó ella,—que el día menos pensado nos moriremos de hambre mi nietecito y yo.

—¿No os queda ningun recurso?

—Nos queda el recurso de pedir limosna. Si nos dan algo durante el día, podremos comer por la noche; pero como la gente de por aquí es pobre tambien, la mayor parte de los días nos quedaremos sin comer.

—Sin embargo, el trabajo.....

si lo—Ya no estoy en edad de trabajar: ¿en qué esa suabía de ocupar? Ya veis como me tiem
¿á qué su manos. Todo lo que cojo se me cae.

El niño es contrahecho y enfermizo, no sirve para nada. ¡Ah! ¡Más le valiera al pobrecillo no haber nacido!

—¿No os pertenece esta casa?

—En efecto, es mía.

—Pues bien, algo vale: vendedla, y al menos vivireis algun tiempo con el producto de la venta.

—¿Venderla?—replicó la vieja;—¿y á quién? Los dos pueblos más inmediatos, San Judas por un lado y Clérmont por otro, distan cuatro ó cinco leguas. ¿Quién se ha de acomodar á vivir en semejante desierto? Desde que anochece hasta que amanece se oye aullar á los lobos. ¡Ah! bien le dije yo á mi hijo Ricardo, cuando se empeñó en comprar esta maldita casa para poner posada, que iba á causar su ruina y la nuestra. No quiso escucharme. Los hijos se figuran siempre que los viejos chachean. Al principio no fué mal; pero á poco murió su pobre mujer. A ella le gustaba este sitio, porque el jardín está bien situado y cultivaba rosas. ¿Qué quereis? era su única distraccion. Ricardo tomó la pena tan á pechos, que al año siguió á su mujer, y hoy... hoy... la abuela y el nietecito los seguirán tambien y cuanto más pronto mejor, pues, para como vivimos, más vale morir.

Mientras hablaba, gruesas lágrimas

una á una de sus ajados párpados y rodaban por las profundas arrugas de sus mejillas.

—Si, sois digna de compasion—murmuró el marqués con un acento de hipócrita lástima,— y si yo pudiera sacaros de apuros lo haria de buena gana.

—Pero no podeis; nadie puede hacerlo.... excepto Dios.... y somos muy poca cosa para que Dios se ocupe de nuestra miseria. Y sin embargo, no necesitamos gran cosa para ser felices.

—¿Cuánto costó esta casa á vuestro hijo Ricardo, cuando tuvo la fatal idea de comprarla á pesar de vuestros consejos?—preguntó Saint-Maixent.

—¡Oh! ¡una suma enorme!

—Pero ¿cuánto?

—Dos mil libras, y más de quinientas que gastó en amueblar las habitaciones del piso alto. ¡Cuanto dinero perdido, Dios mio!

—¿Y en cuanto la venderiais hoy, si se presentase un comprador?

—No se presentará.

—Respondedme; sin embargo.

—Pues bien, me daria por muy satisfecha si lograse obtener mil quinientas libras: con esa suma nos salvariamos el niño y yo; pero ¿á qué suponer lo imposible?



SECRET

—Tal vez no sea tan imposible como vos lo creéis.

—¿Qué decís?

—Pareceme que conozco un comprador.

—¡Ah, señor!—exclamó la vieja juntando las manos,—¡no me digais eso! No me deis esperanzas que nunca se realizarán. Cuando se consiente en una cosa y luego no se consigue, se sufre demasiado.

—Es que yo no os doy una vana esperanza repuso Saint-Maixent;—por el contrario, os hablo de una cosa probable, por no decir segura.

—Entonces ¡el cielo os colme de bendiciones! ¡Y yo que no queria recibirlos! ¡A veces está una ciega! Pero ¿donde está ese comprador?

—Muy cerca de aquí.

—¿Cuando le veré?

—Hoy mismo

—¿Vá á venir?

—Ha venido ya.

La vieja paseó en torno suyo una mirada indecisa y de singular expresion.

—Pero... pero...—balbuceó,—aquí no hay nadie más que vos y yo... y sin embargo vos no sois.....

—Os equivocáis—dijo el marqués sonriendo;—os estoy hablando de mí.

—¿Vos compraríais esta casa? ¿Vos?—murmuró la pobre vieja, haciendo un movimiento de sorpresa.

—Sin duda.

—Como pareceis rico.....

—Y en efecto, lo soy.

—¿Qué queréis hacer de esta pobre vivienda?

—Eso es cuenta mia—respondió el marqués riendo.—Una vez dueño de la casa, haré de ella lo que se me antoje. Tal vez la queme. ¡Quién sabe!

—¡Pero tendreis que pagarla ántes!—exclamó la vieja impetuosamente.

—Perded cuidado, buena abuela; si la compro, claro es que habré de pagarla.

—¿Cuando?

—Ahora mismo.

Y Saint-Maixent sacó una larga bolsa de seda encarnada, á traves de cuyas mallas relucian multitud de monedas de oro. Los ojos de la vieja brillaron de codicia.

—Sí, ahora mismo—prosiguió el marqués,—pero con una condicion.

—¿Cuál? Hablad pronto.

—Qué dentro de dos horas partireis, llevandos vuestros vestidos y los de vuestro nieto.

—¡Ah, señor, todo lo que queráis! En seguida nos marcharemos.

—Entónces, es asunto concluido. Dadme un pedazo de papel, pluma y tintero, para redactar el contrato de venta.

La vieja exhaló un gemido.

—¡Una pluma.... papel.... tinta!... — balbuceó.—¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¿qué hacer? No tenemos nada de eso.

—No os desconsoléis; ya procuraremos suplir lo que falta. ¿Teneis por ahí algunos libros?

—Libros de Horas y una *Biblia*.

—Traédmelos.

La vieja se dió prisa á obedecer. La *Biblia* formaba un tomo en folio. Dos hojas de papel grueso y amarillento servian de guardas entre la encuadernacion de pergamino y la primera y última hoja del libro. Saint-Maixent separó una de dichas hojas, mandó al chico al corral para que arrancara una pluma del ála de una de las gallinas é improvisó tinta desliendo un poco de hollin en algunas gotas de agua. Luego que hubo sustituido de este modo los objetos indispensables, dijo á la vieja.

—¿Cómo os llamis? Necesito escribir vuestro nombre y apellido.

—Nicolasa-Ana-Justina-Besson, para servir, señor mio.

Saint-Maixent redactó en pocas palabras un contrato de venta, teniendo cuidado de dejar

en blanco su propio nombre; en seguida lo hizo firmar á Nicolasa, no sin haberle contado ántes mil quinientos libras en luises de oro, que la vieja cogió con avidez y guardó en su faltriquera con indescriptible exaltacion.

Dos horas despues, la vieja, llevando al hombre un atillo colgado de un palo y seguida de su nieto, se alejó gozosa diriéndose á Clermont, mientras que el marqués, sin olvidar las llaves de la casa desierta que acababa de adquirir, montaba de nuevo á caballo y emprendía el camino de la aldea de San Judas, á donde le precederemos.

III

La sala baa de la posada de *Las Armas de Francia*, reunía, sobre poco más ó menos, los mismos personajes que el dia en que por pri-